

El alma profesional del servicio a la persona

- 1.- Introducción
- 2.- ¿Búsqueda del interés propio o del interés ajeno?
- 3.- Algunas razones del ‘no-reconocimiento’
- 4.- Lo específico de los trabajos domésticos
- 5.- Glosa conclusiva

1.- Introducción

Genios, lo que se dice genios, hay pocos, muy pocos. Si Stefan Zweig tiene razón cuando afirma que son necesarios millones de hombres que conforman un pueblo para que nazca un solo genio¹, habría que admitir también que no es fácil demostrar si es más importante ser ese genio o formar parte del millón de hombres que han hecho posible su existencia. Algo así ocurre con las profesiones: alguna adquiere particular importancia en determinada época o circunstancias, pero siempre unas sostienen a otras, ninguna subsiste aislada.

Si este pensamiento refleja la realidad del conjunto de los trabajos y de cada uno de ellos en particular, se aplica sobre todo a aquellos que condicionan la realización de otros. Son los que nos interesan en esta reflexión: los trabajos que componen la administración de la casa, la actividad más universal y perenne en su esencia y existencia, inseparable de la vida del hombre en singular y de la cultura de todos los pueblos y épocas.

La presente comunicación quiere destacar el valor profesional de los servicios que constituyen el 'habitat' cotidiano de los hombres, la ‘casa’ u ‘hogar’ de lo humano. Se trata de evidenciar qué distingue este trabajo de otros y qué lo hace necesario y no reducible a factores simplemente económicos, así como justificar su importancia para el buen desarrollo humano y también, en ese sentido, de las demás profesiones.

2. ¿Búsqueda del interés propio o del interés ajeno?

La infinidad de tipos de trabajos existentes –y también aquellos que surgirán todavía a lo largo de los tiempos– se explica porque las personas necesitan disponer de bienes, que son cosas o servicios para sí y para otros². A esta premisa, de evidencia sociológica, se une otra, de índole pragmático-cultural, cuya matriz es Adam Smith: según el padre del capitalismo, toda acción orientada a producir y generar riqueza se realiza en última instancia movida por el interés propio³.

Más allá de la sostenibilidad o disputabilidad de esta tesis, el hecho es que en el trabajo del hogar resulta más evidente, respecto a otros trabajos, que el interés propio no es el único punto de partida, ni su motor principal y tampoco su punto final. En la mayoría de sus concreciones el trabajo del hogar constituye más bien una respuesta a las necesidades, intereses o bienes de terceros. En relación a la tesis smithiana, Katrine Marcal observa con agudeza que el autor de la tesis tenía una madre que le hacía cada noche la cena, pero en sus análisis económicos él no ha contado con ello ni con el porqué su madre lo hacía⁴. Nos parece que esa observación de la periodista y escritora sueca, aun siendo puntual, está llena de significado y de consecuencias.

¹ Cfr. Stefan ZWEIG, *Momentos estelares de la humanidad*, Editorial Acantilado, Barcelona 2012, p. 1.

² Cfr. Mathew B.CRAWFORD, *Con las manos y con la mente*, Ediciones Urano, Barcelona 2010, p. 147.

³ Cfr. Adam SMITH, *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid 2014, p. 295.

⁴ Cfr. Katrine MARCAL, *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., Barcelona 2016, p. 20.

En efecto, como observa la norteamericana Nancy Folbre, economista y feminista que explora el mercado y su competencia individual, el cuidado necesario de las personas más vulnerables de la sociedad, a pesar de ser absolutamente necesario para la sociedad no es proporcionado por el mercado⁵. Quizá constituya una visión demasiado idealizada de los deberes que la sociedad ha asignado históricamente a las mujeres, sostener –como se hace a veces– que la economía se cimienta en un “corazón invisible”, concepto acuñado por Folbre, además de una “mano invisible”. No se puede negar, sin embargo, que detrás de cualquier economista y de cada productor y de todo consumidor hay siempre “alguien que le hace la cena”. Esa es la historia que se repite infaliblemente tanto en el caso de los hombres culturalmente destacados –los *genios* de la economía, de la ciencia o del arte– como de los millones de individuos cuyos nombres quedan fuera de la historia.

Si las cuestiones de tipo “¿cómo llegamos a tener nuestra comida en la mesa?” constituyen las preguntas fundamentales en economía, ¿no habría que hacer las cuentas también con hechos tan reales como son las personas y actividades que *generan* las condiciones para que funcione la producción y el consumo de los demás bienes necesarios al hombre?

Quizá esta segunda consideración arroja una luz diversa a la idea de Smith, en buena medida responsable de que en la visión moderna predomine la suposición de que el interés propio sea una “demanda inagotable” y que por ello sea el fundamento seguro de la economía. Con palabras de Smith: «No esperamos nuestro almuerzo de la benevolencia del carnicero, el panadero, o el campesino, sino de la percepción de sus propios beneficios; no nos dirigimos a su amor al prójimo sino, por el contrario, a su egoísmo y no les hablamos de nuestras necesidades sino siempre y sólo de las ventajas que ellos pueden obtener»⁶.

Es cierto que el ser humano no deja de experimentar necesidades en su propia piel y por ello no puede no desear el propio bien o interés. El *bien para uno mismo* está siempre presente en las acciones humanas –no sólo económicas– ya que la voluntad se mueve sólo y siempre por algo conocido como bien y fin⁷. Pero este elemento antropológico estructural, ¿está necesariamente enfrentado con la búsqueda del bien de los demás? ¿La necesidad-búsqueda del bien propio está siempre reñida con el servicio? Si de hecho Adam Smith tenía asegurada la comida todos los días, ¿era sólo porque los comerciantes sirvieran a sus intereses propios por medio del comercio? El que su madre se encargara de ponérsela en la mesa todos los días ¿no tenía un significado más allá de lo económico?

En este contexto y en alguna medida a causa de él, se han reconocido prioritariamente los trabajos de producción como generadores de valor económico, en menoscabo del valor económico y social de los trabajos que tienen como objeto inmediato el servicio a la persona en el ámbito del hogar. En las conclusiones de un estudio del año 2000, la historiadora y filósofa Genoveva Fraisse sostiene que en los albores del tercer milenio el trabajo del hogar, «a pesar de haber sido reivindicado como un trabajo que hombres y mujeres deben realizar, el imaginario servil que lo acompaña lo convierte en un trabajo que nadie quiere hacer, o cuando menos en un trabajo sólo bueno para sirvientes o, lo que viene a ser lo mismo, para mujeres de colectivos en situación de gran subordinación social, por ejemplo, las actuales mujeres inmigradas»⁸.

Para la gran mayoría de las personas, el trabajo que ejecuta es un sólido elemento definidor de su posición en la vida y en la sociedad. Cuando se trata de la dedicación a los trabajos domésticos como actividad principal o profesional, es frecuente que ello suscite descrédito desde el punto de vista económico y de reconocimiento social. Es el caso de mujeres que están orgullosas de

⁵ C. CARRASCO, El trabajo de cuidados, in AA.VV. Colección economía crítica y ecologismo, Madrid 2011, p.23.

⁶ Adam SMITH, *La riqueza de las naciones*, Edición de Carlos Rodríguez Braun, Titivillus 2015, p 28.

⁷ Patricio de AZCÁRATE, *Aristóteles, Moral a Nicómaco*, Libro tercero, capítulo V.
<http://www.filosofia.org/cla/ari/azc01067.htm> (12.9.2017)

⁸ Cfr. Genoveva FRAISSE, *Servidumbre, empleos de servicio y democracia*, en M. Maruani; C. Rogerat; T.Torns, *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*, Icaria, Barcelona 2000, p.65.

realizar este trabajo para la propia familia, pero reconocen que si lo hicieran para terceros se sentirían socialmente avergonzadas; y explican esa discrepancia señalando que no es lo mismo limpiar el metro que limpiar la propia casa, y que esto último no es lo mismo que limpiar la casa de otros. Igualmente se encuentran trabajadoras de esta área que no están a gusto, porque no se sienten reconocidas en su aportación, y no pueden realizarla con profesionalidad por otras razones, como la imposibilidad de acceder a la preparación adecuada. Este fenómeno contrasta con la experiencia, también frecuente, de personas que reconocen en esa actividad un gran potencial profesional y de crecimiento personal, y así la ejercen.

3.- Algunas razones del ‘no-reconocimiento’

La idea de que todo trabajo honesto constituya un servicio a la persona es un lugar común que deriva de la sociabilidad humana: las relaciones con los demás son necesarias para arrimarse al pleno desarrollo biológico, psíquico y espiritual, y todo trabajo cumple una función en ese sentido.

Estas premisas deberían haber conducido a un particular aprecio por los trabajos que tienen como objeto inmediato el servicio a la persona. En cierto sentido eso se ha dado porque a lo largo de la historia, ninguna época, ningún país ni ninguna sociedad ha juzgado inteligente prescindir de este tipo de tareas. Sin embargo, y paradójicamente, como ha quedado ilustrado más arriba, se desarrolló también un prejuicio hacia el potencial económico y profesional de las mismas.

Una de las razones que más fuertemente han influido en esta visión ha sido el carácter de obligación que va unido a esos trabajos. La mayor necesidad debería implicar mayor aprecio. Sin embargo ha provocado resistencia. La satisfacción de necesidades básicas está ligada a una obligación impuesta por la naturaleza o por la estructuración social. Circunstancia que ha degenerado en la tendencia a delegar esos trabajos en cuanto se tiene oportunidad. El carácter ineludible de las tareas necesarias para responder a las necesidades primarias del hombre, ha desembocado en sentimientos de obligación-coacción, de resistencia interna. En ese sentido se puede decir, respecto las faenas domésticas, que en su necesidad está su condena: trabajos fácilmente sentenciados como algo irremediamente pendiente y agobiantemente cíclico.

Otra razón del fallido reconocimiento de su valor social ha sido la dificultad real para examinar y “medir” las gratificaciones que aporta a quienes lo realizan. No faltan, en efecto, quienes lo miran como una etapa a superar, como si estuviera por llegar un momento del desarrollo humano en el cuál el individuo pudiera prescindir de una casa, un hábitat humanizado suyo personal, de modo semejante a como nuestros antepasados dejaron en algún momento de necesitar ir por agua al pozo.

Respecto a estas argumentaciones, hay que reconocer que existe objetivamente en el trabajo del hogar una dimensión práctica y cíclica, así como una irremediable vinculación con un sentido del deber. De todos modos, también se debería tener en cuenta que esas dimensiones son comunes a la mayor parte de los trabajos, sino a todos. Hay siempre una rutina y una repetición: no sólo en los trabajos de oficina, de atención al público, en la agricultura...; también las hay en la enseñanza, en la dirección de una empresa, en la política...; incluso en los trabajos considerados creativos hay por lo menos el peso del deber de crear o detectar *siempre* algo nuevo, original.

Del otro aspecto, el de las gratificaciones que conlleva, se debe observar que depende de la actitud con que lo afronte la persona que lo realiza, como es propio de cualquier trabajo. A todo trabajador debe corresponder aquel “premio” o aliciente de la mente que su actividad debe generar y que es difícil ponerle nombre. De algún modo lo expresa Crawford cuando escribe: «Aparte del sueldo, el trabajo parecía prometerme un bien intrínseco como trabajador: satisfacer mis deseos de saber»⁹. Esos “deseos de saber” explican que el trabajo debería contribuir a la plenitud de la humanidad de los hombres y de las mujeres que lo realizan. Y sin duda los distintos trabajos no

⁹ Mathew B. CRAWFORD, *Con las manos y con la mente*, Ediciones Urano, Barcelona 2010, p.147.

aportan lo mismo a dicho crecimiento, ya que desarrollan dimensiones diversas del potencial humano.

Ese deseo que todo el mundo experimenta de ser reconocido, apreciado y valorado en su trabajo abarca también el aspecto monetario, de modo que la retribución económica está incluida en el crecimiento personal que se busca en la actividad laboral. Se trata de un equilibrio entre aspectos subjetivos y elementos objetivos, como lo es el factor económico. De hecho, cuando el deseo de hacer el bien se polariza en la búsqueda del dinero, vienen a menos las otras dimensiones del trabajo. El cuidado de los demás, la lealtad, la satisfacción que acompaña el comportamiento ético escasean y pueden incluso vaciarse de sentido¹⁰. Son acertadas, en esa línea, las observaciones de Marcal cuando escribe que «si de verdad hubiéramos querido preservar el amor y el cuidado de los demás en nuestras sociedades, en lugar de separarlos deberíamos haberlos apoyado con dinero y recursos. Tendríamos que haber organizado la economía en torno a lo que era importante para la gente. Sin embargo, hicimos lo contrario»¹¹.

4.- Lo específico de los trabajos domésticos

Lo específico de los trabajos domésticos tiene, de un lado, mucho en común a todo trabajo: dar respuesta a la condición humana de vulnerabilidad, interviniendo sobre cosas que son realidades materiales y también sobre conocimientos, relaciones, prestaciones. En el caso del trabajo doméstico, la respuesta generada se caracteriza como directo servicio o cuidado de personas concretas, sean o no los propios familiares.

Por otro lado, los trabajos del hogar tienen como rasgo específico la satisfacción de las necesidades humanas más básicas, y el hacerlo mediante tareas que comprenden desde actividades bien visibles, como comprar, limpiar, preparar alimentos, cuidar y atender, hasta otras menos perceptibles, como el denominado *management familiar*: la gestión y organización del hogar, la mediación relacional y emocional entre familiares y servicios, e con ello incluso la configuración del perfil familiar¹². Se trata de una amplia gama de actividades, responsabilidades y elementos relacionales que hacen difícil llegar a un consenso sobre el contenido y el valor social del trabajo doméstico, así como sobre la índole profesional del mismo. Dificultad que se presenta además a la hora de determinar la preparación profesional requerida para su ejecución, dado que son tareas elementales y a la vez con base científica; ocupaciones técnicas que al mismo tiempo están cargadas de afectividad y de espiritualidad; quehaceres inmediatos pero determinantes en la biografía de quienes los reciben; concretos y al mismo tiempo imprescindibles para el cuidado integral de las personas¹³.

La amplitud de contenido de los trabajos domésticos dificulta también el poder determinar sus exigencias en términos de dedicación de tiempo. Los cálculos que se hacen en este sentido suelen basarse en la lista de actividades homologadas por Eurostat, que sitúa en la categoría de trabajo doméstico tareas como cocinar, lavar platos, limpiar, planchar, atender a los niños, cuidar del jardín y de las mascotas, hacer compras, etc.. Sin embargo, procediendo de esa manera se llegan a producir estudios válidos, pero limitados a las tareas más visibles, susceptibles de cálculos de tiempo; no se tienen en cuenta, en cambio, todo lo referente al *management familiar*, por lo que no

¹⁰ Cfr. Katrine MARCAL, *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, Penguin Random House Grupo Editorial S.A.U. Barcelona 2016, p.126.

¹¹ Katrine MARCAL, *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, Penguin Random House Grupo Editorial S.A.U. Barcelona 2016, p. 127.

¹² Luz M. MARTÍNEZ, *Necesidades percibidas en el trabajo doméstico y de cuidados: un estudio cualitativo*, in AA.VV, *Psychosocial Intervention* (2016), p. 170.

¹³ Teresa TORNS, *La profesionalización del sector de los cuidados* in *Revista de servicios sociales*, (2015), p 189.

afrontan aspectos cualitativos centrales del trabajo doméstico y de cuidado o servicio¹⁴. En la materialidad de su desempeño, las concreciones van, todavía, más allá de la ejecución de un listado de tareas prácticas, instrumentales y que no pueden dejar de realizarse. Abarca cuestiones de organización, de capacidad de adaptación inmediata a las necesidades de cada día, de decisión y, en definitiva, una forma de trabajo cuyo sentido es más pleno cuanto más pendiente se consiga estar del bienestar de quienes habitan la casa, incluso adelantándose a sus posibles y eventuales carencias. Se trata de un trabajo que tiene más de actitud vital que de cumplimiento. No es una ocupación ceñida a coordenadas espacio temporales, ya que sus manifestaciones acaban trascendiendo incluso las fronteras del deber, en el sentido de lo “estrictamente debido”. Por eso se ha dicho que en el trabajo del hogar no se trata simplemente de “lo que me corresponde o no”, sino más bien de que “alguien tiene que hacerlo, y ese alguien quiero ser yo”.

A todo esto hay que añadir que lo específico de los trabajos domésticos es inseparable del ámbito en el que se realizan: se refieren a la *domus*, casa, al *hacer hogar*. Es cierto, por ejemplo, que también un hotel presta servicios que responden a necesidades primarias del hombre: techo, cama y comida. Pero no constituye la “casa” de sus clientes, no es apto para generar lo “doméstico”, y ello porque la necesidad antropológica supera lo que el hotel puede ofrecer. Cuando un padre o una madre llama la atención del hijo señalando que “no vives en una pensión” está indicando algo que tiene que ver con los bienes que el trabajo doméstico genera: la *domus* común. Precisamente esto es lo propio del trabajo doméstico: forjar las características específicas del ámbito que le es propio, generar casa, hacer que el recinto no sea un hotel o una pensión, aún menos un cuartel, sino *el hogar*, el “mi casa” correspondiente a la personalidad humana.

Podemos decir que aquel “alguien que hace la cena para Adam Smith” llama en causa exactamente lo esencial de los trabajos domésticos. Se trata de un conjunto de tareas por las que el ambiente se hace “casa”, el lugar en el que las cosas hacen referencia a nuestro ser personal: son *tenidas*, porque lo que somos tiene que ver con ellas; y a la vez *nos tienen*, porque son referencias significativas de nuestras existencias. Por eso la casa u hogar constituye el ambiente en que se sana la vulnerabilidad específica del hombre, que no se reduce a la liberación del frío o del hambre, sino que hace posible ser escuchado, corregido, perdonado, apreciado por lo que se es: niño, adulto, anciano, enfermo, bello o feo, simpático o serio, consolado en el sufrimiento, acompañado en la salud y en la enfermedad, en la vida e incluso en la muerte¹⁵.

Ese ambiente –llamado “casa” u “hogar”– es proporcionado a la calidad de los servicios materiales y del *home management*. Con otras palabras, los trabajos domésticos son un ámbito de los llamados trabajos manuales en el que se realiza de modo particular la espiritualización –humanización– de las realidades materiales que nuestra condición de seres vulnerables requiere. Un ámbito, como sucede en cualquier trabajo honesto, de ejercicio de virtudes y por ello de desarrollo de la vocación humana al amor.

¹⁴ Luz M. MARTÍNEZ, *Necesidades percibidas en el trabajo doméstico y de cuidados: un estudio cualitativo*, in AA.VV, *Psychosocial Intervention* (2016), p. 170.

¹⁵ Cfr. Javier ARANGUREN ECHEVARRÍA, *Antropología filosófica. Una reflexión sobre el carácter excéntrico de lo humano*, MCGRAW HILL/Interamericana de España, Madrid (2003), pp. 217-224.

5.- Glosa conclusiva

Para concluir estas consideraciones, retomamos ahora la cuestión antes enunciada de la índole profesional de los trabajos domésticos.

Por “profesional” entendemos aquí el uso corriente del término, como oficio públicamente conocido, mediante el cual la persona obtiene recursos económicos y contribuye al bien común, y que le sitúa particularmente en un rol respecto la sociedad civil. En esa perspectiva –no es difícil admitirlo– bastante queda por recorrer respecto a la profesionalidad de los trabajos domésticos. Para ilustrar esa afirmación basta tener presente que todavía es frecuente considerar que la persona que “trabaja en casa” no tiene profesión, o que la tiene pero no la ejerce: quizá se haya capacitada para ser abogado, o enfermera, o maestra, o contable..., sin embargo, por alguna razón se dedica a las necesidades de su casa-familia, que no requieren una preparación específica, o de carácter profesional. Tampoco se reconoce, en muchos casos, que tengan propiamente una profesión las personas que trabajan en los hogares que no son el propio, ya sea porque –como hemos apuntado– no lo ejercen como una elección profesional, ya sea porque de hecho el servicio que prestan no está incluido en el rol de las profesiones con todas sus consecuencias de calificación, de preparación, de remuneración o de prestigio social¹⁶.

Otro aspecto que no puede ser eludido respecto la gestión de los trabajos del hogar es el papel que ha desempeñado y desempeña en ellos la mujer. Históricamente las tareas domésticas han sido atribuidas de forma natural y espontánea a las mujeres¹⁷ y, en efecto, en muchos casos las han asumido sin esperar a que nadie se lo pidiera. Incluso se podría considerar que ha sido un rol social heredado que no se puso en discusión hasta la incorporación de la mujer en el ámbito público del trabajo, entendiendo por “público”, en este caso, lo que está separado de la vida familiar. Sin embargo, en el panorama actual, ligado a la continua reestructuración social provocada por los diversos movimientos y grupos sociales, especialmente el feminista, cada vez más mujeres se incorporan a trabajos fuera del hogar, sin disponer de una solución adecuada para la continuidad del *management* familiar. Ello desemboca en que las tareas domésticas, y todo lo que conllevan implícitamente, queden marginadas en una “tierra de nadie”. En otros casos, es el varón quien toma el relevo, y ciertamente parece que empieza a atisbarse una significativa participación del hombre en las tareas domésticas, aunque hasta el momento la tendencia predominante haya sido más bien que ni las mujeres ni los hombres se ocupen de ellas, lo cual repercute negativamente en sus familias y en el conjunto de la sociedad.

Es justo observar, pues, que el fenómeno de cambios y reestructuraciones en el trabajo doméstico y en general en los servicios de cuidado de la persona ha dado resultados positivos –uno es, por ejemplo, que en un Congreso como éste haya espacio para esa comunicación–, pero ha desembocado también en la denominada *crisis del cuidado* y *crisis del trabajo doméstico*, poniendo en riesgo la calidad de la satisfacción de necesidades humanas que en el modelo social tradicional estaban garantizadas.

Como última anotación quisiéramos evidenciar que las coordenadas espacio temporales en las que se desempeñan los trabajos domésticos son la conciencia de la vulnerabilidad humana y la vocación humana de servicio. Pueden ser examinadas como las dos caras del perfeccionamiento humano: de un lado, la necesidad de reconocer-y-hacer-frente a la dependencia recíproca y, de otro, el servicio-traducido-en-práctica-de-virtudes. El desempeño de los trabajos del hogar llama en causa

¹⁶ M^a Julia PRATS *Being professional at Home*, Londres 2008, p. 1 Para que un trabajo sea considerado profesión debe tener como fundamento que se requiera para su ejecución conocimiento teórico, habilidades prácticas, un código ético y una serie de competencias que los estudiosos han juzgado a bien dividir entre técnicas, interpersonales y personales.

¹⁷ María Pía CHIRINOS *Un'antropologia del lavoro. Il "domestico" come categoria*, Roma 2005, p. 107. No sin fundamento, ya que, como sostiene Chirinos, se puede reconocer en la mujer «una cierta disposición prioritaria para descubrir las necesidades vitales del ser humano, de modo rápido y también eficaz. De ahí que se hayan atribuido, como peculiaridades predominantes, el sentido del cuidado, del matiz y del detalle, el respeto al otro, el equilibrio, la atención a lo concreto»

esas dos dimensiones a trescientos y sesenta grados: cada trabajadora o trabajador lo hará, ciertamente, según lo que puede y según su querer, pero será interpelado por exigencias materiales, intelectuales y afectivas, exigencias propias y de las personas a las que va dirigido su trabajo, con efectos de plenitud personal así como de potenciación de las cualidades en quienes son receptores del mismo.

La experiencia universal en todas las épocas es clara: cualquier persona sabe que ha recibido atención y cuidado; sabe que se espera que a su vez preste esos cuidados de vez en cuando; y sabe que habiéndose ocupado de cuidar a otros, tendrá necesidad también de vez en cuando de que los demás le cuiden¹⁸. Ese dinamismo antropológico de los trabajos domésticos son un ámbito de experiencias fundamentales para que cada ser humano se conozca como quien es: dependiente y responsable del otro.

La capacidad de potenciamiento físico y espiritual de la personalidad, intrínseca a los trabajos domésticos, es el punto de referencia apto para dar razón también de su significado respecto al buen desarrollo de las demás profesiones. Las consideraciones hechas recalcan que su valor social no se reduce a una producción de bienes extrínsecos, más o menos útiles a la persona o al funcionamiento global de la sociedad. Los trabajos domésticos, orientados directamente a promover el buen-vivir de la persona en su esencialidad material y espiritual, son imprescindibles para forjar al hombre que trabaja en cualquiera de las profesiones existentes o que surgirán.

Almudena Lago Fernández –Purón y Ana Mucientes Rasilla

Roma, Agosto de 2017

¹⁸ Cfr. Alasdair MACINTYRE, *Animales racionales e independientes*, Paidós, Barcelona 2001, p. 101. El autor observa que desde una edad muy temprana resulta imposible evitar la pregunta: "¿Por qué debo hacer esto en lugar de aquello?». Ello evidencia que el ser humano necesita razonar sobre su 'misión' respecto a la multiplicidad de posibilidad de los bienes, discernir sobre lo que es mejor hacer en ocasiones concretas y sobre la mejor manera de vivir bien. Sin ese aprendizaje ninguna sociedad puede prosperar (ibídem, p. 85).